

para los católicos y no católicos

EL Episcopado argentino ha vuelto a dirigirse a todos los argentinos para comunicarles sus reflexiones acerca de esta hora.

El documento dado a publicidad llama la atención por la valentía y la claridad del lenguaje empleado. Por eso mismo, seguramente alguna prensa ha dejado de comentarlo.

En primer lugar, los Obispos argentinos se sienten con derecho para hablar y exhortar a todos los argentinos. A los católicos por los vínculos de la fe y de la caridad cristiana. Es decir, son los Obispos los que deben dirigir a los a ellos confiados en todos los problemas que atañen a la fe y a la moral. Y es interesante destacar que los señores Obispos no apelan a su propia autoridad sino a "las obligaciones sagradas en el orden religioso" que todo católico asume al recibir el bautismo.

A los no católicos por los vínculos del amor y de los deberes comunes para con la Patria, que fundamentan sus obligaciones de orden natural, dentro del derecho, ante su conciencia y frente a Dios. La Iglesia siempre ha sostenido que Ella por ser la depositaria de la Revelación divina es también la defensora del derecho natural y su mejor intérprete.

La voz de los que están por encima de intereses particulares y preocupados únicamente por el bien espiritual y moral de todos los argentinos debe ser especialmente escuchada por los responsables de la marcha general del país.

Ante todo es necesario que nos demos cuenta de la gravedad de la situación política, económica, moral y social en

que se encuentra el país. Y aquí los Obispos sienten necesidad de llamar la atención a todos aquellos que no parecen comprender lo tremendo de la hora que vivimos y que siguen encerrados en sus propias preocupaciones.

¿Cuáles son los principales peligros? El primero: la tentación del "empleo de la fuerza y de la violencia en busca de soluciones rápidas y definitivas, según creen algunos". Los Obispos se manifiestan en contra, no por temor a la violencia, sino porque la violencia no puede engendrar soluciones duraderas. Aumentaría los enconos y podría iniciar el camino de las conmociones sociales capaces de apartar definitivamente a la Argentina del sistema institucional hasta ahora obtenido. Pero este peligro existe en la mente de muchos de nuestros hombres con responsabilidad y es necesario que se obtenga de ellos la serenidad necesaria para no caer en la tentación.

El segundo peligro es de orden moral y económico: la especulación y la usura. Si siempre son condenables estas prácticas económicas, en estos momentos adquieren la gravedad de un suicidio. Uno de nuestros colaboradores hace un estudio técnico sobre el tema en este mismo número de "Estudios" y por lo tanto no necesitamos prolongar el comentario. Los Obispos señalan lo que significa de injusto y de inmoral la práctica de tales medios: "Siempre es pecado grave de injusticia ante los hombres y ante Dios; pero en estos momentos para los cristianos es además pecado de impiedad contra el prójimo y la comunidad; y para los que no lo son, es lesión

grave al derecho natural y crimen de lesa Patria". No se diga ahora que los Obispos no han hablado claro y sobre problemas bien concretos. Falta ahora buena voluntad para escuchar y reaccionar como es debido. "La avaricia y la usura llevan a los especuladores a medrar, empujando al pueblo a la ruina, olvidándose que buscando mayores ganancias indebidamente pueden perderlo todo ellos también". Ante este peligro el Estado debe intervenir a fin de que salario de los trabajadores se mantenga, por lo menos, a la par con el aumento de los artículos de primera necesidad. De no hacerlo así se pone al país en peligro de grandes conmociones sociales porque no se puede esperar que quienes sufren los efectos de la avaricia de algunos pocos soporten mucho tiempo tal situación de grave injusticia.

Los Obispos destacan la actitud que deben tomar las principales partes en el mundo económico. Los empresarios deben saber reducir sus ganancias de acuerdo con las exigencias de esta hora a fin de poner a disposición de toda la comunidad argentina el resultado de sus afanes. Los trabajadores deben saber emplear los medios realmente eficaces en la defensa de sus derechos y la huelga no aparece como uno de ellos.

Por desgracia, algunos de los síntomas

alentadores que los Obispos habían observado en los primeros días del mes de julio, se han desvanecido desde entonces: la suspensión de la huelga del 18 y 19 de junio no logró los objetivos buscados por la CGT y el país se encuentra en estos momentos ante la amenaza de una nueva suspensión de tareas para el 1º y 2 de agosto. Los mismos diálogos entre obreros, empresarios y el Gobierno, no han dado, hasta ahora, resultados positivos. Sólo el empréstito nacional aparece con algunas perspectivas de éxito.

La solución propuesta por los Obispos consiste, ante todo, en la unión sagrada de todos los argentinos. Pero esa unión sagrada no puede obtenerse con el sacrificio de una porción de la población; es necesario que todos los ciudadanos dejen de lado todo lo que puede dividir y antepongan a sus intereses particulares y partidarios los supremos de la Patria.

La palabra de los señores Obispos ha llegado en su momento oportuno y fijando, con claridad, las obligaciones y la responsabilidad de los distintos sectores de nuestra población. Nos duele confesar que esperábamos una resonancia mayor de un documento tan a la altura de los tiempos. Pero ese mismo silencio ¿no está demostrando una vez más la gravedad de nuestra situación? ♦

argelia: nuevo estado

EN el siglo XIX el Colonialismo agonizaba allí donde una cierta madurez colectiva hacía eclosión. En el siglo XX vemos caer a los colonialismos irremisiblemente, aunque el pueblo que busca su independencia no haya logrado aún la mayoría de edad. El caso

del ex-Congo Belga es todo un símbolo.

Cuando hace años Argelia inició su rebelión se tuvo la certeza de que Francia debería arriar su bandera en el norte africano. Aun el francés medio lo intuyó así. Posiblemente ninguna guerra fue tan cordialmente aborrecida por la genera-

lidad de los franceses; sobre todo, porque preveían su inutilidad. Pocas guerras costaron tantas vidas a Francia y pocas pusieron a toda la nación en una crisis tan profunda. Se hace difícil enjuiciar todos estos años, porque, por un lado, los hechos son aún recientes, y, por el otro, esos mismos hechos han seguido un ritmo tan acelerado que el panorama se abre en mil direcciones antagónicas.

Simplificando, diríamos que tres factores fundamentales incidieron en el desarrollo de la larga lucha por parte de Francia: intereses económicos, Fuerzas armadas y Gobierno.

No analizaremos aquí la parte que cupo a los argelinos. Ciertamente su conciencia nacional, su preparación cultural, su visión de gobierno, están muy por encima de las de los congoleños y todo hace esperar una normalización paulatina en el joven país.

Indudablemente para Francia, como potencia económica, el puente argelino hacia el Sahara, v. gr., ha sido de incalculable valor. Pero no tocamos aquí este aspecto sino más bien el del millón de europeos radicados en Argel, Orán y demás ciudades, para quienes una Argelia libre significaba psicológicamente (pese a todas las garantías prometidas) la pérdida de sus capitales o de sus posibles ganancias. Ello, unido al clásico chauvinismo francés, contribuyó en gran escala (como se palpó en el terrorismo final) a mantener la lucha. Bastaría comparar esta actitud con la de los colonos belgas, para comprender hasta qué punto la conciencia imperialista de un pueblo puede prolongar una situación definida ya en sus primeros pasos.

Esta misma conciencia del honor nacional explica, ya que no justifica, la actitud del ejército francés y su desesperado último esfuerzo a través de la O. E. S. (Organización del Ejército Secreto).

Pero enjuiciar al ejército y a la O.E.S. resulta aún más complicado. Su actitud, en efecto, no puede desconectarse de aquella asumida por los políticos de la

IV República, ni por el político de la V, Gral. de Gaulle.

El ejército francés, humillado, sin su culpa, en Indochina, se lanzó a la lucha de Argelia decidido a salvar su prestigio y vengar a la joven oficialidad perdida en aquella ocasión.

La guerra se inició con todas las posibilidades a su favor: apenas un puñado de argelinos contra un ejército organizado.

Sólo torpeza y la desidia de los políticos franceses pueden explicar que ya en 1958 el F.L.N. (Frente de Liberación Nacional) contara exactamente con el mismo número de soldados que el ejército francés destacado en Argelia.

La suma de desaciertos, y la politiquería de la Metrópoli deciden a las Fuerzas Armadas a dar el golpe que lleva, en mayo de 1958, al Gral. de Gaulle al cargo de Primer Ministro. Este hecho es importante y se olvida con frecuencia. Quienes vivimos esos días en París no podremos olvidarlo: el Gral. de Gaulle no subió democráticamente. Un golpe de Estado (dado entre telones pero que puso a Francia al borde de la guerra civil) lo elevó. Y de Gaulle fue llevado al Palacio de Eliseo precisamente por los hombres de extrema derecha, para terminar sí, la desangrante contienda, pero a favor de Francia y sus intereses.

La ulterior postura del Gral. de Gaulle fue la de un sagaz político que comprende, desde su alto sitio, la realidad de las cosas. Pero también es comprensible el resentimiento de quienes se sintieron traicionados. La realidad es que los nacionalistas franceses llevaron a Charles de Gaulle al poder y de Gaulle, ubicado en él, pensó como debieron haber pensado, desde el comienzo, los políticos de la democracia francesa. Se hubieran evitado así tantas muertes y tantas crisis.

Argelia ha nacido como Nación y estaba destinado a serlo. El general Charles de Gaulle merece elogios por su cla-

rividencia y energía en el manejo del espinoso problema.

La solución pacífica del problema argelino no sólo significa paz para la sufrida Argelia, sino que arranca de Europa toda la pesadilla de un vecino y peligroso foco de conflagración mundial.

Ojalá todos los franceses (especialmente los agrupados en la O.E.S.) logren comprender que la grandeza de su Nación no se cimentó nunca en esos kilómetros de tierra africana y mucho menos en las terribles matanzas de los últimos meses, como, en su oportunidad, lo señaló el Episcopado francés. ♦

literatura

el rey david

visto por e. squirru

● PEDRO MIGUEL FUENTES, S. J.

SI yo fuera David y Squirru Betsabee (librelo Dios), le haría las mismas preguntas que el rey-poeta:

David. — Y, ¿qué opinas?

Betsabee. — ¿De qué?

David. — *De todo: de la música, de la belleza, de la vida, del amor*".

Porque en el fondo es Squirru (1) y no Betsabee quien responde:

"Amo la vida, mi señor. Creo que es una sola y por lo tanto, hay que vivirla con el mayor ardor.

Por supuesto que esto de vivir con el mayor ardor lo sentimos todos —al menos los que no nos eliminamos—, pero lo interesante es saber qué entiende cada uno por vida y qué por vivir la vida "con el mayor ardor".

* * *

Eduardo Squirru es un escritor novel que ha entrado en la literatura con actitud —aunque él se sienta otra cosa— de joven iracundo.

Aparentemente sigue una de las líneas más puras del teatro clásico francés.

(1) EDUARDO SQUIRRU, "El Rey David" (Drama en cuatro actos). Ediciones del Hombre nuevo. Buenos Aires, 1961.

Cuando yo leo las dos obras que hasta el presente nos ha entregado (2) pienso de inmediato en el drama Bíblico de Racine. Racine prefería a las heroínas del Antiguo Testamento; Squirru a los héroes. Racine más escritor; Squirru queriendo serlo. Los dos escribiendo teatro, y quizás, en el fondo, los dos con vocación de líricos. Porque los dos son fieles, en lo esencial, al texto bíblico; los dos saben dramatizar, pero cabalgan más a sus anchas cuando el diálogo se convierte en monólogo de larga interioridad canalizada en palabras. La acción no interesa; ni siquiera los personajes. Lo importante es el desborde anímico, la visión de vida de David o Betsabee, máscaras del autor. Por eso sólo importa el personaje que vehicula a Squirru; los otros se diluyen sin lineamientos. El mismo trozo bíblico seleccionado es una excusa. David es un hombre del siglo XX. Lo cual no significa que su rostro de antigüedad esté desfigurado. La cosa es más simple —o más complicada, según se mire—: Squirru toma a David y proyecta

(2) En 1961 y en la misma Colección, E. Squirru nos entregó "La tragedia del Rey Saúl". Cfr. "Estudios", agosto, 1961, Nº 526.